

La cuestión del método en nuestro pensar desde América¹

Silvio Maresca

Contrariamente a lo que a veces se cree, la cuestión del método sólo se plantea con alguna legitimidad tiempo después de que el pensar ha adoptado determinadas decisiones fundamentales y asumido ciertas posiciones básicas, de un modo por completo ajeno a la reflexión.

En realidad, la reflexión –asociada desde siempre con el método– es una forma de pensar que responde a una muy mal disimulada perplejidad ontológica. Pues sucede que, amén de ser una forma derivada y subsidiaria del pensar, la reflexión es también una mala manera de hacerlo, supuesto que el pensar conserve su vocación de originariedad. Perplejidad ontológica, mala manera de pensar: la reflexión es, por su propia estructura, incapaz de dar cuenta de la emergencia de una decisión y una posición originarias; aunque más no fuera, de asistir a tal emergencia. Porque quizás no se trate –en el fondo– de otra cosa. Y el pensar –a diferencia de la reflexión– sí esté, en cambio, capacitado para ese asistir. Siempre y cuando tenga el coraje de saltar fuera del círculo de la reflexión².

La reflexión únicamente está capacitada para recorrer en forma indefinida el círculo que, partiendo de lo dado, alimenta la ilusión de que lo dado es puesto por aquello que es posible desplegar conceptualmente a partir de presuponer la posición de lo dado.

Y es así que el saber –el saber reflexivo– es siempre absoluto. ‘Absoluto’ en el sentido de que jamás sale de sí mismo al encuentro de una alteridad irreductible. ‘Absoluto’ en el sentido de que no puede sino encontrarse siempre consigo mismo en el interior de sí mismo. En una palabra: ‘absoluto’ en el sentido de ‘lo separado o desligado de cualquier otra cosa’ (*ab alio solutum*). Pero es en la absolutez del saber –así comprendida– donde reside también su peculiar y radical finitud, se recortan sus límites y mora su impotencia. Impotencia

—ante todo— para abrirse a las genuinas condiciones de posibilidad de aquella afirmación primera, de la cual, en el fondo y secretamente, como reflexión, depende en todo momento. Impotencia del saber absoluto —en definitiva— para rozar en algún punto lo real, de cuya experiencia, en cambio, proviene —todo lo hace suponer— aquella afirmación alrededor de la cual la reflexión gira.

Por otra parte, mientras el saber continúa creyendo que él mismo se presupone como objeto para ser luego como concepto, que ésta es su propia, voluntaria, operación —podríamos contar aquí una historia que, arrancando de la respuesta a la aporía que Menón plantea a Sócrates en el diálogo homónimo de Platón, tendría una de sus culminaciones en la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel—; mientras el saber esto cree —reitero— lo puesto originariamente permanece cerrado sobre sí, repitiendo, a modo de enigma que se acrecienta, su inexplicable estar.

Es así que Occidente, el Occidente de los métodos, del saber reflexivo, jamás pudo retornar de modo pensante a aquello que para él constituye la decisión y posición originarias: el 'es', lo ente, el ser parmenídeo. Y es por eso que el ser es aún el terreno donde para bien o para mal se juega el destino de Occidente. Que ningún esfuerzo humano ni paso metódico alguno podrá desviar o rever, aun en el caso de que hoy aquella afirmación primigenia se hallase en la época de su más extremo debilitamiento y desfiguración, no en último lugar, gracias a la negatividad del pensar reflexivo.

Pero no nos interesa Occidente, ni su destino, sino en la medida en que tenga que ver con América y con nuestro intento de pensar desde ella en un sentido filosóficamente novedoso.

Sin embargo, tenemos al menos dos cosas que aprender de lo que recién hemos dicho, que confirman lo que veníamos desarrollando: 1) la tesis filosófica fundamental del pensar occidental —el ser— fue asentada con anterioridad a toda preocupación metodológica del pensar reflexivo, al modo de una sencilla

revelación; 2) ninguna consideración metodológico-reflexiva posterior ha estado jamás a la altura de aquella afirmación primera, ha llegado a dar cuenta de su modo de obtención.

Creemos que la filosofía latinoamericana en sentido estricto, aquella para la cual –como sabemos– pensar desde América, lejos de representar una circunstancia accidental dentro del despliegue en un discurso pretendidamente universal, hace a lo estructural de una filosofía, permanece todavía en una etapa fundacional. Aquella de las decisiones y posiciones determinantes. Por eso mismo, también aquella de las palabras que constriñen, que marcan rumbos perdurables. Pero se impone una aclaración: cuando decimos que la filosofía latinoamericana en sentido estricto está *todavía* en una etapa fundacional no queremos apuntar, con el término ‘todavía’, hacia la presunta necesidad de un desarrollo ineluctable porvenir que revestiría tales o cuales características. En verdad, ni siquiera queremos significar que ese *todavía* debiera ser “superado” alguna vez en alguna dirección. Nada indica que sea algo “bueno en sí” alejarse de lo fundacional en pos de un desarrollo ulterior. Más bien, por el contrario, si, como casi resulta obligado, nos remitimos a la historia de la filosofía europea, vemos que el alejarse de las decisiones y posiciones originarias ha llevado al proceso de decadencia, errancia y olvido que antes describíamos. Si se quiere, de Parménides a Platón. Y lo que aún es muchísimo más grave, de Platón a Hegel.

Etapa fundacional de una filosofía: pensar tético, afirmativo, posicional; inconciencia y hasta despreocupación metodológicas: todo ello es una y la misma cosa. No debe sorprendernos, pues, que una filosofía que está en sus albores, la filosofía latinoamericana, sepa tan poco acerca de la condición de posibilidad de sus aserciones, de cómo las ha obtenido.

Ni que cada uno de nuestros pensadores se arroge la postulación de una categoría fundamental alternativa: es inevitable que la situación, el haber, el estar, la diferencia, la singularidad, el universal mediato, etc. recuerden el fuego, el agua, el aire, el número, lo ente, de los primeros pensadores griegos. Lo pensado en

un pensar tético, afirmativo, inaugural, no puede sino eclosionar bajo la figura de lo múltiple. Multiplicidad que no excluye sino, por el contrario, posibilita, el acontecimiento de la fundamental sustracción de un Mismo.

Sin embargo, la filosofía latinoamericana ha visto la luz bajo el imperio de condiciones histórico-esenciales harto constrictivas: la vigencia de una filosofía –la europeo occidental– secularmente imperante. Lo cual hace que a menudo se confunda respecto de su propia naturaleza, creyendo, por ejemplo, haberse constituido por vía negativa, exclusivamente a partir de una crítica de los presupuestos de la filosofía europea, y olvidando así el impulso originariamente afirmativo que posibilitó ganar el margen de exterioridad que permitiese llevar a cabo esa peculiar crítica cuestionadora del sistema.

O que crea, de manera falsa, que debe sus aserciones, así como la validez de las mismas, a la aplicación consecuente de alguno de los métodos que produjo en su momento el saber reflexivo filosófico europeo. En este sentido, los casos más notorios son los de la hermenéutica y la fenomenología. Redefinidas o no, hermenéutica y fenomenología –también la fenomenología-hermenéutica– llevan consigo todos los presupuestos del saber reflexivo, aún cuando eventualmente complicados con el agregado de la advertencia de un disimulo e incluso de una desfiguración que no podrían dejar de tenerse en cuenta (hermenéutica). Fenomenología y hermenéutica arrastran también consigo la postulación de una muy determinada subjetividad operante –el sujeto de la ciencia– incompatible con el sujeto último de las afirmaciones del filósofo latinoamericano, que no puede ser otro que el pueblo o, a lo sumo, permanecer tácito. Para ni mencionar la posición contemplativa, mera y exclusivamente teórica –también incompatible con sus aserciones (y me refiero a las efectivamente producidas)– a que condena al filósofo latinoamericano la utilización de esos métodos. La comunidad se pone en acto, no se “descubre”. La filosofía latinoamericana, que reconoce a la comunidad mucho más como su sujeto que como un objeto, *acompaña* en sus proposiciones fundamentales, este ponerse en acto. Esto es todo.

Extrañará quizás que en este contexto no invoque a la dialéctica: idealista o materialista, creemos que la filosofía latinoamericana ha avanzado algo más en su crítica. No es el caso de la fenomenología y la hermenéutica –las menciono aquí globalmente, sin considerar sus variantes– y por eso nos hemos detenido en ellas. No creo que a nadie se le ocurra siquiera nombrar, en el marco de lo que estamos tematizando, el método hipotético-deductivo. Yo tampoco lo haré.

La filosofía latinoamericana, luego de por lo menos veinte años de existencia franca, consiste hoy, considerada como un todo, en un conjunto de aseveraciones muy fuertes, establecidas con solidez, pero acompañadas por una pobre –cuando no una falsa– conciencia del método. Ha sido alcanzada aquella firmeza que marca el punto de no retorno: la filosofía latinoamericana en sentido estricto es ya ineliminable pues ha sido postulado un nuevo horizonte ontológico. Por eso mismo creemos que quizás haya llegado ya la hora de preguntarse con seriedad por la cuestión del método. Y en esa misma medida celebramos lo filosóficamente oportuno de esta convocatoria del Instituto de Pensamiento Latinoamericano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Morón. Convocatoria –lo descuento– no inocente. Y más apropiada aún –a mi juicio– en la medida que propone la cuestión del método en relación a un *pensar*. Pues a la cuestión del método, planteada desde América, y en relación al pensar desde América, tiene que responder también exclusivamente el pensar. Ni el saber, ni el conocer, sino *el pensar*. Se trataría –en una palabra– de acotar metodológicamente desde el pensar aquello que –se supone– ha brotado del pensar.

Me explico. Dejábamos antes entrever que toda filosofía –quizás todo discurso humano– comienza abruptamente con ciertas posiciones y brota de decisiones que no dan cuenta de sí reflexivamente ni transparentan el proceso de su producción. A su vez, el ejemplo de la filosofía europea es harto elocuente: el pensar reflexivo posterior se muestra incapaz de elucidar en forma satisfactoria la forma de obtención de las tesis fundamentales de las cuales parte.

¿Y si el modo de obtención de toda afirmación filosófica inmediata fuera el *pensar*? ¿Si el *método* fuese aquí el pensar? Aclarémoslo: el pensar del que

hablamos más arriba, casi al principio de estas líneas, es decir, aquél que como tal pensar sólo lo es en la medida en que es apertura a lo radicalmente incognoscible, a lo irreductiblemente otro, inmersión y hundimiento en ello.

Si lo que decimos fuese cierto, la única forma de explicitar el método de la filosofía latinoamericana sería atrevernos con nuestro pensar a recorrer una vez más –ahora con sensibilidad metodológica– el camino de aquel pensar que ha dado lugar a las afirmaciones originarias que conforman tal filosofía. Tarea que no se puede realizar sino pensando. Sólo así seríamos capaces, además, de estar a la altura de las afirmaciones téticas y de tener que ver con su producción, sin caer en la vía muerta de la reflexión. Vía muerta que –como vimos– nos aleja en forma progresiva más y más del momento fundacional sin poder asistir jamás a su propia producción ni, por tanto, regresar creadoramente a él.

Desde allí, es decir, una vez más pensando, pensando desde éste, nuestro pensar desde América, nos aventuramos a decir: el método de la filosofía latinoamericana, el que ha dado lugar en todos los casos a sus afirmaciones constitutivas, es la *intuición pensante*.

Intuición pensante, que no intelectual o sensible. Intuición sí, por ser captación inmediata, aunque en este caso la visión pensante quizás nada capture y en su inmediato referir sólo equivalga al vértigo infinito ante el acontecer de lo real en cuanto pura sustracción.

Intelectual o sensible no, pues –como se ve– el objeto de la intuición pensante no es la esencia (ousía), tampoco lo meramente dado en tiempo y espacio para un sujeto de conocimiento o, incluso, la posibilidad trascendental de tales fenómenos. No es casual que la intuición intelectual y la sensible sean las únicas formas de la intuición que conozca la filosofía europea: tal cosa depende tanto de la ya mentada falta de radicalidad del pensar posterior a Parménides como del horizonte ontológico peculiar dentro del cual tal filosofía se mueve. Intuición intelectual y sensible son las únicas formas inmediatas del pensar

que surgen dentro del ámbito de una filosofía dominada por la reflexión. Las solas posibilidades de referencia inmediata del pensar a su “objeto” en este contexto. Por otra parte, falta de radicalidad del pensar y constitución de un horizonte ontológico de universalidad son circunstancias que no dejan de estar emparentadas. Por lo tanto, nada tienen que hacer, cuando hablamos del método de la filosofía latinoamericana, de la intuición pensante como referencia inmediata del pensar a su asunto –que no es ya lo ente, la cosa o el objeto–, nada tienen que hacer –repito– el noús platónico-aristotélico o la intuición cartesiana, schellinguiana o husserliana. Tampoco las intuiciones kantianas, sean puras o empíricas. Pues la intuición pensante –lo hemos dicho– no capta hechos, esencias o condiciones de posibilidad en el sentido kantiano; es referencia inmediata a la abismalidad del fundamento.

Y es esa abismalidad del fundamento, que no funda, la que alienta en toda afirmación de la filosofía latinoamericana, la que late en sus decisiones fundamentales y posiciones básicas. Abismalidad del fundamento experimentada por la intuición pensante sin cuyo acaecer la filosofía latinoamericana jamás podría ser, como no puede menos de ser, una filosofía de la singularidad y la diferencia.

Y es también esa abismalidad del fundamento, que no funda, la que hace patente lo inexorable del destino de esta filosofía: el tener que consumarse en forma práctica, ética y política; la preeminencia en ella de lo práctico por sobre lo teórico. Lo he escrito por primera vez hace ya varios años: la imposibilidad teórica se trasmuta en afirmación práctica. La imposibilidad teórica que la intuición pensante experimenta ante el emocionante acontecimiento del sustraerse del fundamento, que experimenta al sumergirse en aquello que originariamente es puro olvido; en una palabra, el divino fracaso de la razón teórica ante la inquietante comparescencia evanescente de lo real, se trasmuta en síntesis práctica. La posición del sí mismo para sí mismo, en estos términos y según estos presupuestos, es necesariamente ética y, sobre todo, política. Hablamos –¿quién lo dudaría?– de la Gran Política, de aquella que es el autoerigirse de un pueblo

como poder; de una política que –a grandes rasgos– está ausente en nuestro país desde hace ya demasiado tiempo.

Pero esta es una pretensión de máxima. Abismándose en el fondo sin fondo del fundamento abismal, el pensar pone su simple decir como punto de partida que se prolonga indefinidamente, como un eco, en la acción autoafirmadora. En permanente cercanía con el misterio, cohabitando con él en virtud de su carácter matinal, el pensar latinoamericano, filosófico, se erige como parte de su pueblo en orgullosa aunque humilde singular soledad abierta al mundo, transida quizás de angustia, pero frenéticamente alegre en el amor exaltador de todo aquello que, en cuanto creatividad inmanente del pueblo, brota con irrefrenable ímpetu y en forma permanente del fondo insondable del abismo, cual amalgama compacta, sólo apenas muy fragmentariamente registrable, de decires, cantos, sueños, sufrimientos, sacrificios, luchas, heroicidades, esperanzas, promesas e ilusiones.

Notas

¹ El presente texto fue leído el 18 de junio de 1988 en el panel titulado en forma homónima que se llevó a cabo en el marco del II Coloquio Filosófico organizado por el Instituto de Pensamiento Latinoamericano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Morón.

² Aunque nos reservamos el derecho a ulteriores aclaraciones, se verá que lo que llamamos 'pensar' es algo distinto del saber y del conocimiento, signados por la reflexión. Resuena en nosotros, de un modo muy libre, la distinción kantiana entre "conocer" y "pensar". El pensar, tal como nosotros lo concebimos, permanece abierto a la cosa en sí, presto a sumergirse en ella. Volveremos sobre esto pues es elemento central en nuestra exposición.